


Enrique Molina

LIBROS EXTRANJEROS RECIEN- TES SOBRE NUESTRA AMERICA

I

AMÉRICA HISPANA.—UN RETRATO Y UNA PERSPEC-
TIVA, POR WALDO FRANK

 A obra del afamado escritor norteamericano es sumamente atrayente y se manifiesta en sus páginas vivo interés por los pueblos hispanoamericanos y sus problemas. Su estilo es siempre animado y vigoroso. Hay cuadros y retratos, como aquellos en que describe al conquistador y al mestizo en que pinta a Bolívar que se presentan con el relieve de verdaderos medallones artísticos. Pero no se recomienda el libro de Frank como fuente de conocimientos precisos acerca de la América Latina. Para leerlo con provecho y deleite lo mejor es poseer de antemano las informaciones generales y sólidas indispensables respecto de nuestro continente. Así poco o nada habrá avanzado para curarse de su ignorancia quien pretenda conocer el Amazonas por medio de las dos páginas que Frank le dedica. Lo más que podrá decir será: «He aquí a Frank en el Amazonas, qué bellas, qué bellísimas páginas ha escrito». Pero continuará sin saber nada sobre el gran río tropical.

Si se me permite la comparación, aunque pueda parecer un poco exagerada, diría que querer conocer algunas cosas de América en lo escrito por Frank sería semejante a buscar informaciones sobre Navarra, Córdoba, Granada en las piezas de música que Albéniz ha compuesto con los mismos nombres.

Casi de acuerdo con la anterior observación, el propio Frank dice que su obra debe leerse como se lee un cuento; pero al final del prólogo, que contiene las palabras que acabo de citar, prólogo escrito en señal de «gratitud por las atenciones recibidas de parte de los hispanoamericanos», agrega que nos va a dar con un amor despiadado por la verdad, la verdad sobre nosotros. Así lo expresa sin dudas ni reticencias; pero, en descargo de pretensión tan difícil de realizar, hay que advertir que el autor ha pedido antes perdón por los yerros en que pueda incurrir.

Las verdades de Frank son muy distintas de las que nos han propinado sus compatriotas E. A. Ross en su libro «Al Sur de Panamá» y William Sheperd en sus breves «Notas sobre la psicología de los hispanoamericanos». La obra de Ross es la de un sociólogo sereno y de un observador minucioso y perspicaz; la de Sheperd, más que la de un historiador que es la categoría del autor, parece la de un viajero que se complaciera en caricaturar y zaherir a los pueblos inferiores que ha visitado. Ambos escritos contienen no pocas verdades u opiniones amargas sobre nosotros. Las proposiciones de Frank son por lo general menos duras y llevan un aliento de amor y buena voluntad que tenemos que agradecerle. Son también menos *asibles* y concretas. Es frecuente en ellas el tono de lo grandioso y trascendental que, desde el punto de vista de la clara intelección de las cosas, suele colindar a veces con la bella oscuridad de una sinfonía o de una sonata.

A propósito de las fuentes que ha debido usar y

de las dificultades con que se ha encontrado en sus estudios dice Frank: «Al revés que en España y que en los Estados Unidos de Norte América la literatura histórica de la América Hispana es un caos todavía. Ningún maestro ha surgido aún en este campo para integrar en forma definitiva la plétora de documentos y disertaciones».

Leer este juicio, lanzado sin salvedad alguna, y pensar en nosotros fueron para mí cosa instantánea. Pobres de nosotros los chilenos que en el campo de las letras no hemos hecho principalmente más que cultivar la historia de nuestra pequeña patria. En el balance del escritor norteamericano no contamos para nada. Ya veremos que así ocurre con casi todo lo que se refiere a Chile. Desgraciados Sotomayor Valdés, Barros Arana, José T. Medina, Crescente Errázuriz, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, y tantos otros. Han dedicado sus vidas a la ímproba tarea de investigar, ordenar e interpretar la historia de nuestro país y de parte de la América y a los ojos del observador norteamericano no han hecho nada y permanecemos en el caos como en un mundo de principios de la creación. Triste sino en verdad.

Es cierto que Frank confiesa que no ha podido conocer bien la literatura hispano-americana contemporánea (podía haber agregado «ni mucha de las épocas anteriores») y que vuelve a excusarse porque teme haber sido injusto a causa de más de alguna omisión inconsciente.

No se puede pretender agotar la materia informativa antes de ponerse a escribir una obra. De proceder así no se escribiría nunca. Y esto es lo que ocurre a algunos estudiosos que quedan esterilizados por sus escrúpulos. En cambio me parece que Frank confía sobre todo en sus agudas dotes de intuitivo, sin que esto signifique desconocer su vastísima ilustración.

Pero ¿qué necesidad existe de escribir un libro antes de haberlo preparado y madurado suficientemente?

El paso de Frank por algunos sectores de nuestra América me hace pensar en el viaje fantástico que efectuará a través de los espacios interplanetarios, a Saturno y también a esta mísera Tierra, el gigante de Sirio, Micromegas, de que habla Voltaire. Como Micromegas, Frank cruzó rápido por algunos de estos países. Esto es en particular cierto, respecto de Chile, donde permaneció por todo alrededor de cuarenta y ocho horas. Por lo mismo, como Micromegas no se ha detenido Frank a reparar en detalles de la vida de los hombres y de los pueblos que para gigantes no pasan de ser inapreciables menudencias. Micromegas, y sobre todo su saturniano compañero de viaje, se sintieron muy inclinados a ver el caos en la vida de los minúsculos seres terrenales cuyos movimientos no entendían. No es infrecuente caso que lo propio le ocurra a Frank. Pero reconozcamos a la vez que nuestro supuesto gigante, como si en realidad hubiera venido a Sirio, una estrella máxima, ha traído luz estelar en las pupilas y que al lado de las omisiones y vacíos de su obra, que corresponden a los lugares donde no ha estado o por donde ha pasado muy de prisa, nos ofrece clarividencias y buceos de acierto maravilloso y admirablemente escritos.

* * *

Ninguna portada mejor para entrar a la América Hispana que el canal de Panamá. Los antecedentes y los caracteres de esta obra los traza Frank con relieves líricos y con mal disimulada complacencia por la misión civilizadora que, al llevarla a cabo, habría cumplido el pueblo norteamericano, su pueblo. Cree entender que esos hombres del Norte estaban gracias a sus adelantos técnicos, señalados para la empresa

por el dedo del destino. Sin embargo no le escatima a Teodoro Roosevelt, el político de presa y rapiña, los calificativos duros. «Roosevelt completa su felonía dice, mandando unos barcos a Panamá antes de la revuelta. Y cuando ya esta acción villana se ha ejecutado, Roosevelt desenfunda la retórica de la nacionalidad para santificarla e incluye a Panamá dentro de la familia de las naciones». «Roosevelt representa la energía americana en la forma infantil del poder que hace a los Estados Unidos de hoy el prototipo de los pueblos hundidos en una decrepitud espiritual. Es una figura histórica grande porque su proeza presagia el fracaso espiritual de su nación». Y sobre Bolívar coloca al contrario esta corona radiante: «Bolívar es una figura histórica grande, porque, aun en su derrota, proyecta la victoria posible de una nueva cultura humana».

El título de un libro no es lo de menos. Significa lo que quiere ser o pretende ser. Formado por palabras sin sentido y a veces estrafalarias, lo que no es raro en nuestros días, revelaría que el autor desea reservarse el máximo derecho para soltar sus pensamientos sin sujeción a cánones ni orden alguno. La obra de Frank no corresponde exactamente a su título. No está bien como retrato. Frank podía haber llamado su libro «Impresiones de un periodista a través de la América Hispana». Entonces podría haber ocurrido que los lectores de este continente, admirando su obra y agradeciendo el amoroso interés que en gran parte de ella muestra por los asuntos latinoamericanos, hubieran corregido el título y puesto «Impresiones de un periodista y de un gran artista...» Mientras que ahora esos mismos lectores tienen que encontrar las páginas de Frank presentadas como un retrato, incompletas y defectuosas, sin dejar de reconocer siempre en ellas magistrales pinceladas y la mano maestra del artista.

¿Es posible hacer un retrato de la América Hispánica sin valorizar como ella se lo merece la obra cultural de Bello, Rodó, Montalvo y Lastarria? Nos parece que no. Sin embargo, Frank ni siquiera cita los nombres de esos valientes trabajadores del espíritu, de esos pioneros de una nueva cultura entre nosotros. He citado sólo algunos nombres. Las omisiones en esta materia son en verdad considerables. ¿O será tal vez que esos hombres carecen de valor revolucionario actual?

No se detiene tampoco a considerar Frank lo que significa para nosotros y para nuestro valor como entidad de cultura el tesoro precioso del idioma castellano, incomparable instrumento de comunicación, red espiritual que nos une en medio de nuestras dolorosas divisiones, y nos consuela y alienta con las bellezas acumuladas por el alma creadora de la raza.

Podía haber anotado que en la costa que va del Cabo de Hornos a California se habla un solo idioma. Es un hecho sabido, pero bastante singular en nuestro planeta. En Europa, cada uno o dos días de ferrocarril, a veces después de pocas horas, se va cambiando de nacionalidad y de idiomas en forma pintoresca y desesperante. En la costa pacífica del Nuevo Mundo el hispanoamericano navega días, semanas y hasta dos meses, en una extensión de más de dos mil kilómetros, y encuentra siempre la lengua de su raza. Es un rasgo característico que bien merece ser mencionado cuando se quiere hacer el retrato de este grupo de pueblos.

En esta imagen de cuerpo entero que aspira a ofrecernos Frank, algunos miembros guardan la proporción que más o menos les corresponde, como Méjico, Brasil y Argentina, otros han sido suprimidos, como el Uruguay, y otros abultados como Cuba. De manera que la imagen es artística, pero un tanto deforme y desproporcionada en sus partes.

En cuanto a Chile, la forma en que Frank lo presenta no es halagadora. Somos un pueblo agresivo que, después de una guerra injusta, dejamos reducidos a la impotencia a nuestros vecinos del norte. Por lo mismo, en la perspectiva que diseña al final de la obra, y de la cual hablaremos luego, quiere volver la cara de Chile hacia el oriente para que no torne a molestar a sus vecinos y se incorpore a la cultura atlántica. La expedición libertadora del Perú aparece como acción exclusiva de San Martín y del ejército de Los Andes y no del gobierno de O'Higgins y de un ingente esfuerzo de los chilenos, en colaboración con el libertador argentino. Algo sabe Frank de la acción de nuestra oligarquía a cuyos miembros denomina con el nombre hoy arcaico de *pelucones*, explotadores de las clases inferiores y ahora víctimas ellos mismos del capitalismo norteamericano. Truena aquí como en todas partes contra las consecuencias funestas y disolventes de este capitalismo. Patéticos son los párrafos que dedica a pintar el infierno de Chuquicamata. Mientras de la Argentina trae y vuelca en sus páginas la imagen de una gran dama, sacerdotisa de la cultura, Victoria Ocampo, entre nosotros no encuentra nada más digno de mención y con desproporcionada abundancia de detalles, que el triste episodio de una infeliz muchacha que en el mencionado mineral se le ofrece por cinco pesos a un joven recién llegado y sin que él la solicite se le tiende en la pobre cama de su sórdida vivienda. No cabe mayor ignorancia ni mayor estulticia al querer hacer la pintura de una sociedad. Es verdad que Frank anota en cambio su impresión de que los ojos de las mujeres chilenas sean los más bellos entre todas las sudamericanas. Observación callejera de periodista *filante*.

El gran intuitivo de Frank no tuvo la intuición de nuestro valle central ni de las islas, fiordos y canales en que se prolonga hacia el sur. Me imagino a Frank

tomado como el buen gigante de Sirio, tendido a lo largo del valle, auscultando esta tierra rica y jugosa, sus pomares, sus minas, sus selvas, y los corazones de la esforzada gente que la habitan y seguramente los senos misteriosos en que se fragua el porvenir le habrían musitado al oído alguna promesa.

Inicia Frank el capítulo sobre la revolución mejicana con un cuadro que pretende ser simbólico de las dos culturas que se encuentran frente a frente: la angloamericana y la hispanoamericana.

«A través de la frontera del Río Grande, dos ciudades del siglo XVIII se miran frente a frente: Laredo y Nuevo Laredo. La una es de los Estados Unidos; la otra, mexicana. El Laredo del norte es floreciente; tiene treinta mil habitantes. En sus calles, abiertas y urbanas, resoplan los motores; hay hoteles muy altos, con baños en cada cuarto, y hay cafeterías, cinematógrafos, droguerías abarrotadas de productos del país. Nadie va harapiendo en Laredo. Las carnes cálidas de las mujeres se refrescan en la suavidad de la seda, y el desenfado de los muchachos rasga el ocio de las horas como navaja reluciente.»

«Los diez mil habitantes de Nueva Laredo viven en chozas y callejas. La tierra suelta de las calles se hace lodo cuando llueve y hay hoyancos en el arroyo. En los bancos de hierro, de la plaza central, y a la sombra de los árboles, comidos por el polvo, se sientan hombres demasiado pobres para rondar por las cantinas. La gente va harapienda. Los más atrevidos han cruzado el río y se han fuñdido en la prosperidad de Laredo. En una taberna un ciego se apoya en el mostrador y canta. Con pesada mano acaricia la guitarra, mientras su perro engulle desperdicios debajo de la mesa. Los ojos del cantador se abren apagados, pero su cara levantada resplandece. La boca que canta está preñada de un dolor vivo, que se hace canción, porque la vida armoniza con él y lo acoge... A tra-

vés de la frontera del Río Grande dos culturas se miran frente a frente; las dos incompletas, faltas las dos de un elemento crucial de unicidad, las dos más o menos anhelantes por completarse.»

No cabe dudar de la exactitud del cuadro anterior; amargo, muy amargo para nosotros es el contraste entre sus dos partes; pero ¿están bien elegidas la tristeza y la miseria que se ven a este lado del río fronterizo para hacerlas representativas de la cultura hispanoamericana? Sin duda no; mas el cuadro ofrece una viva oposición de luz y sombra, muy adecuado para tentar a un artista... sobre todo si es del otro lado.

Fustiga Frank como un profeta hebreo al capitalismo norteamericano, funesto explotador de Cuba. «Los Estados Unidos, dice, habían hecho ya sus planes sobre Cuba. El capital americano, al darse cuenta de su primera grandeza, se aprestó decidido a hacer de la isla lo que Inglaterra había hecho hacía tiempo de Jamaica y Barbados. Mas antes de ordeñar la vaca había que engordarla. Y el ejército intervencionista empezó a limpiar La Habana, a desecar pantanos y a tender ferrocarriles. Llegaron luego los Bancos americanos, y los servidores incondicionales del nuevo orden de Cuba, de un orden cuya premisa era la desgracia nacional, surgieron para asumir los puestos públicos.

«Si una nación ha de existir en el sentido moderno tiene que desarrollar, hasta donde sea posible, un sistema equilibrado de producción para satisfacer sus propias necesidades económicas. Cuba está singularmente dotada por la Naturaleza para desarrollarse armoniosamente, y la voluntad de España, deficiente como era, no la destruyó por completo. Pero como los intereses de un poder capitalista son siempre desarrollar en una colonia unas cuantas materias primas, a expensas de la producción total, lo que el Norte hizo

fué explotar el azúcar y el tabaco y crear un mercado amplio para sus importaciones. Y Cuba se convirtió en una isla de factorías.»

«Al principio se compraron tierras a precios elevadísimos, pero cuando ya la propiedad americana era suficiente para garantizar el control del distrito se abrió una línea férrea particular que daba a los intereses americanos el monopolio del transporte de sus productos. Así, el resto del distrito económicamente inerte podía comprarse a precios vergonzosos y hasta ofrecer al colono independiente y propietario un contrato que le reducía a la servidumbre económica, contrato que podía aceptar o rehusar, según que prefiriese extinguirse lánguidamente o de una manera inmediata. Los mil ingenios de azúcar se fundieron ahora en uno, que se alzaba estratégicamente en la estación terminal de ferrocarril. La compra de tierras y el control de los ferrocarriles y de las facilidades terminales acabaron con la variedad de las cosechas.»

«Cuando el colono cubano fué eliminado, los negocios americanos procedieron en contra de los trabajadores cubanos. Costaban demasiado caros y su nivel intelectual era demasiado alto. De Jamaica y de Haití se trajeron miles y miles de negros para cortar la caña de propiedad americana. Estos hombres, esclavos analfabetos, aves de paso, no tenían contacto cultural con Cuba ni siquiera hablaban español y su relación con el pueblo cubano insuficiente para que llegaran a aprenderlo. Vivían en campamentos miserables y sus salarios eran tan bajos que no podían comprar siquiera efectos cubanos. Los almacenes de las compañías los alimentaban y los vestían con los desechos, naturalmente, de los Estados Unidos.»

«En 1920, el 40 por 100 de la tierra labrantía de Cuba pertenecía ya directamente al capital americano. El resto quedaba bajo el control de los Bancos de los Estados Unidos, que fijaban precios y salarios

y controlaban el comercio y los medios de transporte de la isla. Los colonos indígenas que aun quedaban, mermados y enloquecidos, vivían al capricho de estos Bancos, que eran el Estado mismo, porque ningún Gobierno nacional podía sobrevivir ni un día siquiera si se atrevía a atacar la sagrada ley del capital americano (1). La factorización de Cuba y la esclavitud industrial del pueblo eran ya un hecho consumado.»

«Por los Bancos, por las asambleas, por los vestíbulos de los hoteles, por los cafés y los prostíbulos pulula el nuevo amo de Cuba: el negociante norteamericano. De él hay que decir, ante todo, que obra siempre de buena fe. Considerarlo como un villano que perversamente trama la destrucción de los pueblos sería restarle importancia a su amenaza. Es peligroso porque cree fanáticamente en sí mismo y en sus buenas intenciones. Esta convencido de que su labor en el desarrollo unilateral de los recursos de Hispanoamérica y en la difusión de los productos y de las normas norteamericanas es la salvación de los pueblos inferiores. El servicio que presta es tan grande que justifica todos los medios. El negociante norteamericano deplora que, a veces, sea preciso usar de la fuerza o de la intervención en los asuntos locales, y sabe que es el portador de un ideal dominante: el progreso. Conoce de la Historia lo suficiente para justificarse a sí mismo con la Roma imperial y con la cristiandad, que usaron a veces medios violentos también para difundir su evangelio.»

Extendiendo sus valientes observaciones a toda nuestra América dice Frank más adelante: «Por esto los negocios en los Estados Unidos son el enemigo de todo

(1) He aquí un ejemplo de la impotencia de Cuba: en 1903, en los primeros años de la capitalización americana, el senador Manuel Sanguly presentó un proyecto de ley al Congreso de Cuba para evitar que las tierras que eran aún de propiedad cubana, fuesen enajenadas a compañías extranjeras. El proyecto no llegó siquiera a presentarse a discusión ante la Asamblea.

impulso que tienda a fortalecer o a unir la América Hispana y el amigo de los mezquinos nacionalismos que retienen separadas a las Repúblicas y conservan a los ladrones en el poder. Porque los ladrones son los verdaderos aliados políticos del dólar en la América Hispana. Bajo su odiosa amistad oficial, «Divide para vencer» y «Organiza al conquistar» son los lemas verdaderos del movimiento panamericano.

La energía en el lenguaje, el lirismo y la elocuencia innegables de Frank suelen no estar exentos de retórica. Su afición a las observaciones grandiosas y macrocósmicas suele dejar aturdido al lector. Es como si alguien quisiera penetrar el misterio del océano sumiéndose en un mar de olas enfurecidas. Al frente rompientes y farellones inaccesibles cubiertos de la espuma que dejan las aguas en su continuo vaivén. Pasan por la cabeza del infeliz una tras otras las olas rugientes y no le es dado pensar que en alguna parte exista una superficie tranquila desde donde se vea el sol y que le permita llegar a tierra firme.

El libro de Frank es a menudo también desconsolador. El individuo hispanoamericano echa de menos el consuelo de Cándido. El buen Cándido había aprendido en carne propia que el mundo está lleno de pillos y que en él triunfa la maldad. Ya sabía que no era este el mejor de los mundos posibles como creyera en su juventud. Pero con laudable buen juicio su última palabra fué aquella sabia resignación de que había que cultivar su jardín. Frank, por lo general, en medio del caos en que exhibe a este continente niega esa esperanza al lector hispanoamericano. Es tal la magnitud de los problemas a resolver que lo abruma. No basta que el hispanoamericano, para no perder aquella esperanza, lleve en su alma el sentimiento de que el jardín de cada cual debe ser cultivado en armonía y cooperación con el del vecino. El peso de los problemas circundantes se presenta como superior a toda

buena voluntad. Parecería que el destino del hispanoamericano estuviera contenido, quien sabe por cuanto tiempo, en el anatema de «aguanta y revienta».

Sin embargo, no todo es tinieblas en nuestro horizonte. La América Latina para salvarse «tiene que aprender a resistir», dice Frank, tiene que engendrar en sí misma una fuerte estructura interna. Ante los ataques del capitalismo extranjero la América carece de moral propia para defenderse con buen éxito, y debe formarse una que sea una encarnación de ideales.

Frank aconseja a los hispanoamericanos que se confederen, no en una sola confederación que sería impracticable, sino en varias. Así propone:

La Confederación del Mar Central formada por Méjico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela.

La Federación de los Andes, integrada por el Ecuador, el Perú y Bolivia.

Los Estados Unidos de la América Austral que comprendería a la Argentina, Paraguay, Uruguay y Chile.

Los confederados tendrían un pequeño cuerpo central legislativo y judicial para los negocios estrictamente federales; ningún Estado solo podría celebrar un tratado con el extranjero sin el asentimiento general; ningún Estado podría obtener préstamos en el extranjero sin el asentimiento federal; habría comercio libre dentro de la Unión y un sistema bancario común con moneda uniforme; arbitraje para todas las disputas entre los Estados, no debiendo recurrir en ningún caso a jueces extranjeros; proscripción de toda administración extraña de rentas o aduanas; prohibición rigurosa del enajenamiento de las tierras públicas; alianza militar para defender una doctrina completa hispanoamericana de no intervencionismo; ningún militar podría ser elegible para altos cargos civiles; «control público y propiedad gradual (sobre las bases de una Compañía económica federal) de to-

dos los recursos públicos, incluyendo la electricidad, y los recursos naturales, como las minas, el petróleo y los bosques».

No cabe negar que estas condiciones para una federación están por lo general muy bien pensadas. Tal vez la última relativa al control de la propiedad daría lugar a serias dificultades no fáciles de subsanar.

No podría encontrar la aceptación de los chilenos el lugar que Frank señala a Chile en la Federación Austral. «Miraría por el Este hacia el Atlántico de una manera franca para desarrollar su emprendedora voluntad, creciendo de una manera cultural y no agrediendo a sus vecinos» ¿Cómo se la ha podido ocurrir a un hombre del talento de Frank que los chilenos vayan a volver la espalda al Pacífico? Es claro que no nos negamos a cooperar, para bien de nuestra cultura y de las ventajas comunes, por el lado del Atlántico. En cuanto a nuestras agresiones a los vecinos... no pasa de ser una majadería que ya no debe recogerse.

Termina Frank diciendo: «Aunque el caos de la América Hispana está en reinos más esenciales que el de la política y aunque estos reinos interiores tienen que ganar orden antes de que la política deje de ser un caos,—o una armadura dictatorial que oculta el caos,—los planes de la federación deben existir ya desde el principio; no crece primero el cuerpo del niño y después su espíritu, ni primero su espíritu y después el cuerpo. Lo importante es una acción que junte inmediatamente el cuerpo y el espíritu y los encamine al crecimiento, a un crecimiento que participe al mismo tiempo de la regeneración de la persona y del ideal nacional».

El libro de este yanqui inteligentísimo es una bella obra que debemos agradecer y aprovechar. Cualesquiera que sean las deficiencias notables en ella,—difíciles de evitar cuando se abarca tan vasto campo,—se halla escrita con cordial interés por los problemas hispanoamericanos.